

## PRESENTACIÓN

En Argentina, la experiencia del antifascismo pareciera un “no acontecimiento”. No sólo porque el problema del antifascismo ha estado ausente en las preocupaciones de la historiografía política local, sino porque aún en la memoria de las familias políticas y culturales que generaron, se asociaron o dinamizaron los tópicos del antifascismo durante la entreguerra (radical, socialista y comunista), esta manifestación se presenta en un nivel de secundariedad respecto de otros procesos en los que el papel de los partidos políticos, o bien, de las organizaciones obreras, juega un rol preponderante en la construcción de las identidades políticas. Así, el antifascismo como tópico periférico en la memoria política derrota a lo que en él hubo de clima de época.

Sin embargo, este “antifascismo olvidado” por la historiografía y la cultura política aún de cierta izquierda, se presenta con vigor cuando la mirada del historiador se posa sobre los documentos de época, en particular de la década de 1930, y se observa la difusión de un fenómeno que pareciera atravesar innumerables experiencias asociativas de carácter intelectual u obrero, y que articula espacios sociales y regionales muy vastos en su extensión, de manera tal que pareciera más pertinente aquí hablar de una red antifascista. En efecto, los tópicos del antifascismo se expresan en innumerables experiencias políticas y culturales, a veces como estrategias políticas que esconden en el marco de la alianza de clases un clasismo residual pero aún activo, como es el caso del Comité Central del P.C.A. que en 1938 evaluó que el fracaso en la constitución del Frente Popular local se debió a errores tácticos propios, pues el partido no había hecho de la lucha por las reivindicaciones económicas y políticas de los sectores obreros el centro de su trabajo cotidiano y de su actividad electoral, recuperando momentáneamente posiciones clasistas. Otras veces, como afectividad ideológica, es decir, como sensibilidad política que recorre una amplia gama de significaciones en un contexto en que la política argentina se “internacionaliza”, en la medida en que las referencias a modelos de organización social y política externos se vuelven moneda corriente en las ficciones orientadoras del destino de la nación, de allí el interés suscitado tanto por el fascismo como por el comunismo, de allí también la percepción a partir de 1935 de que el conflicto fascismo-antifascismo se dirime tanto en cada una de las naciones europeas como en la Argentina.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Son innumerables los folletos y ediciones que señalan el peligro de la expansión comunista o su equivalente fascista. Al respecto, Cf. Roberto E. Nieva Malaver. **El comunismo en la Argentina**. Buenos Aires, Editorial Serrano, 1937, y **Las democracias americanas en peligro (Amplia documentación probatoria de la penetración nazi)**, Buenos Aires, Ediciones Alerta, 1938.

De este modo, no sólo la Guerra de España impactará en amplios sectores de la opinión pública argentina constituyendo nuevas formas de solidaridad internacional contra el fascismo (que en un extremo alcanza a manifestarse en el número de voluntarios locales en las brigadas internacionales en España,<sup>2</sup> cerca de 500), sino también una serie de «acontecimientos claves» que movilizan –desde la lucha en contra del antisemitismo y de la política inmigratoria restrictiva del gobierno de Justo hasta las respuestas locales frente a la muerte de Henri Barbusse y el asesinato de los hermanos Rosselli, líderes en el exilio del movimiento antifascista italiano *Giustizia e Libertà*–, un amplio abanico de experiencias asociativas culturales u obreras, la creación de publicaciones periódicas en la clave del compromiso político y la actividad de ciertos partidos políticos, que comienzan ahora a articular desde sus dinámicas y tensiones internas el problema del antifascismo.

De algún modo, la situación del “olvido” obliga a la pregunta acerca de las razones de la ausencia de un fenómeno que suscitó en los actores tanto entusiasmo y espíritu de sacrificio, pero también remite a la sospecha de que en el caso de este objeto de estudio, el papel del historiador como inventor del pasado, del que hablaba Collingwood, pareciera más potente que en aquellos temas donde el peso de la tradición historiográfica coloca un conjunto dado aunque no inmóvil de problemas y métodos de abordaje. En este sentido, la ausencia de obras de síntesis al respecto se convierte en un límite.

Salvo en la historiografía italiana, donde el antifascismo ha sido asociado con la historia de la nación, no son muchas las obras que se han interrogado sobre este objeto, quizás porque la propia definición de “antifascismo” agrega una dificultad adicional. En un trabajo pionero, Jacques Droz señaló que uno de los problemas en el estudio del antifascismo residía en que aún no existía entre los historiadores un consenso acerca de su naturaleza, en parte porque la derrota del fascismo clásico promovió una construcción de la legitimidad política de los nuevos poderes que se fundó en el peso relativo de los diversos componentes políticos en el proceso de resistencia. Por ejemplo, mientras que para los historiadores de la República Federal Alemana, hasta la década de 1960 el antifascismo sólo tuvo interés en la medida en que explicaba el 22 de junio de 1944, para los de la República Democrática Alemana, la atención dirigida durante mucho tiempo solamente al estudio de la resistencia comunista constituyó uno de los pilares de la exaltación de los títulos de gloria en la imagen propia del nuevo régimen.<sup>3</sup> El lugar ocupado por el antifascismo según la experiencia de las naciones impactadas o no por el fascismo durante la entreguerra, y el peso “moral” de la misma en la comunidad de historiadores, determinaron una construcción mítica del antifascismo.

Una segunda dificultad reside en la complejidad de las tendencias que se articulan bajo el término de antifascismo. En efecto, en tanto fenómeno de resistencia, el antifascismo supuso una definición del fascismo a menudo contradictoria, confrontó con él y en algunos casos y por razones de diversa índole, siguió el destino de los enemigos políticos que pretendía derrotar, observando en el fascismo capacidades innegables de

---

<sup>2</sup> AA.VV., *Le Brigate Internazionali. La solidarietà dei popoli con la Repubblica Spagnola, 1936-1939*, Milano, La Pietra, 1976, pp. 38-39 y 40-41. Cf. Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina, 1936-1939*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 84 y ss.

<sup>3</sup> Jacques Droz, *Histoire de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*, París, Éditions La Découverte, 1985, pp. 8 y ss.

transformación social. Un ejemplo de esta alternativa lo representa el caso de Mario Bergamo, ex-líder del Partido republicano italiano, quien desde el exilio parisino a mediados de la década de 1930, propuso una lectura elogiosa del componente emancipatorio del mussolinismo. La crítica interna al movimiento antifascista italiano en el exilio —que era una crítica a la esterilidad política de la *Concentrazione antifascista* como reedición del *Aventino*<sup>4</sup>— dio paso en él a un intento de intervención en el debate interno del fascismo, facilitado por las conexiones de preguerra con el *Duce* y por el uso instrumental que el propio Mussolini hizo de las tensiones que, a partir de Bergamo, el campo antifascista italiano en el exilio evidenciaba.

Inicialmente, el ex-republicano participó en modo beligerante en el núcleo del *fuoriuscitismo* parisino, pero a partir de 1933 comienza a concebir el *antifascismo* fundamentalmente como respuesta a una dictadura que olvidaba sus intenciones originales de transformación social en clave revolucionaria, y en este sentido fue portavoz de sí mismo hasta su expulsión de los grupos antifascistas y la soledad política.<sup>5</sup> Si Bergamo puede aparecer como un caso extremo —el otro podría expresarse en el itinerario de Angelo Tasca, miembro fundador del Partido comunista italiano que finalmente se convierte en personal político del régimen de Vichy, luego de un paso más o menos exitoso por la S.F.I.O.—<sup>6</sup>, el mismo da cuenta de la variabilidad de experiencias que se disimulan bajo el término antifascismo.

Esta característica del fenómeno ha llevado recientemente a una discusión en la que la noción de “antifascismos” se presenta como una herramienta conceptual más fecunda para dar cuenta de la diversidad de un fenómeno en principio global pero de incitaciones múltiples, actores diversos y temporalidades que exceden la experiencia histórica del fascismo clásico, más allá de que su interés principal resida en el estudio de la definición ideológica de las organizaciones políticas antifascistas (comunistas, socialistas, socialistas liberales, Partito d’Azione, etc.).<sup>7</sup>

En alguna medida, esta renovación es menos sensible en Italia, por un lado, porque en su mayoría son los historiadores próximos a los partidos políticos de izquierda quienes han estudiado el papel jugado por sus organizaciones en la resistencia antifascista. Por otra parte, porque los actores del debate se hallan también más allá del campo historiográfico.<sup>8</sup> En este sentido, la historiografía italiana parece ser más rica y abundan-

<sup>4</sup> En junio de 1924, inmediatamente después del asesinato de Matteotti, gran parte de los diputados de la oposición abandonaron los trabajos parlamentarios en señal de protesta. La crítica de Bergamo a la *Concentrazione* se fundaba en la defensa que ésta institución hacía del sistema político prefascista, basado en el parlamentarismo.

<sup>5</sup> Cf. Bruno Tobia, “I novissimi annunci” di Mario Bergamo. Dall’antifascismo critico alla critica del fascismo”, en del mismo autor, *Scrivere contro. Ortodossi ed eretici nella stampa antifascista dell’esilio, 1926-1934*, Roma, Bulzoni editore, 1993, pp. 203 y ss.

<sup>6</sup> Cf. Jean-Pierre Azéma, “Le régime de Vichy”, en Jean-Pierre Azéma y François Bédarida (dirs.), *La France des années noires*, t.I, “De la défaite à Vichy”, París, Éditions du Seuil, 1993, p. 165.

<sup>7</sup> Bruno Groppo, “La spécificité de l’antifascisme de Carlo Rosselli dans le contexte de l’antifascisme européen”, *Matériaux pour l’histoire de notre temps*, n° 57, Nanterre, Association des Amis de la BDIC et du Musée, janvier-mars 2000, pp. 29 y ss.

<sup>8</sup> Ver el debate generado por el estudio del historiador Angelo d’Orsi. *La cultura a Torino tra le due guerre*, Torino, Giulio Einaudi Editore, 2000, donde se muestra al mundo del antifascismo turinés en actitudes hacia el fascismo no siempre consecuentes con la mitología del Partito d’Azione creada *a posteriori*. Cf. “L’azionismo, una storia da non strumentalizzare. D’Orsi: ‘Sbaglia chi lo sacralizza, ma anche chi ne amplifica i peccati per demolire l’antifascismo’”, *Corriere della Sera*, giovedì 25 Maggio 2000, p. 23.

te que otras sobre el fenómeno antifascista porque el antifascismo está asociado a la historia política, social y cultural del siglo XX italiano en la clave de una historia nacional, que en términos generales reconoce incluso en la *Resistencia antifascista* el origen de la República italiana de *dopoguerra*, (es decir, la Constitución y el sistema político de postguerra como herencia del antifascismo),<sup>9</sup> pero por esa misma razón no deja de escapar a los vaivenes de la puja política entre las actuales fuerzas de “centro destra” y “centro sinistra”; como tampoco a la pervivencia más o menos instrumental de las identidades políticas en pugna durante el período de entreguerra.<sup>10</sup> Para el caso, cabe citar como ejemplo ilustrativo que revisa esta ironía croceana de la eterna contemporaneidad de la historiografía italiana sobre el antifascismo, el reciente libro del autor Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*, una puesta al día de la historiografía sobre el antifascismo. Rapone plantea la necesidad de una profunda renovación conceptual que lleve a considerar a los antifascistas como hombres de su tiempo y no como precursores del destino político futuro de Italia. El problema que intenta exponer es el de los mecanismos por los cuales se vehiculiza la confluencia entre cultura política antifascista y la democracia como sistema de gobierno.<sup>11</sup> A mi juicio, lo más interesante de su balance es el modo en que complejiza el problema: para el caso italiano, el antifascismo no puede ser pensado lejos de la experiencia concreta del fascismo y sus períodos de mayor y menor consenso en la población italiana. Es decir, las formas que asume la resistencia antifascista resultan una variante según el grado de beligerancia y consenso de la política fascista.

Otro de los elementos que considera para el caso italiano pero que no es nuevo, es la desigual periodización del fenómeno antifascista según sus manifestaciones nacionales y regionales. Para Jacques Droz, el período 1923-1939 resume una unidad que se inicia con las primeras manifestaciones de resistencia al régimen y se cierra con ese “*drame de conscience*” que significó el Pacto Germano-Soviético, el que de algún modo descolocó de la alianza a los Partidos comunistas europeos.<sup>12</sup> Para el caso italiano, Rapone incluye una periodización que distingue un momento de antifascismo afectivo, de oposición al régimen pero no organizado, de otro convertido en fuerza política a partir de los sucesos del 8 de septiembre de 1943.<sup>13</sup>

Para el caso argentino cabría preguntarse hasta qué punto el fenómeno antifascista pervive como manifestación residual pero pasible de ser aprehendida operativamente,

<sup>9</sup> Sandro Guerrieri, “Le idee costituzionali del P.C.F. e del PCI all’indomani della Liberazione”, *Studi Storici* 3, luglio-settembre 95 anno 36, passim.

<sup>10</sup> “[...] Ancora oggi, a tanti anni dai fatti, e nonostante che i protagonisti siano morti o talmente vecchi da avere altri pensieri, ogni volta che si pronuncia la parola ‘antifascismo’, quasi per incanto l’uditorio si divide in due fazioni pronte a litigare ... Una serata fra amici, se la conversazione langue, c’è un solo modo per animarla: buttare lì la parolina magica ‘antifascismo’”. Vittorio Feltri, “La religione antifascista”, en Furio Colombo y Vittorio Feltri, *Fascismo, antifascismo*, Milano, Rizzoli, 1994, p. 64.

<sup>11</sup> Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*, Milano, Edizioni Unicopli, 1999, pp. 7-34.

<sup>12</sup> J. Droz, *op. cit.*

<sup>13</sup> Rapone devalúa el peso de los antifascismos italianos en el exilio, pero el caso del grupo de exiliados de *Giustizia e Libertà* de Carlo Rosselli, representa una claro ejemplo de influencia ideológica y organizativa aún en la Italia del régimen. Cf. Antonio Bechelloni (a cura di), *Carlo e Nello Rosselli e l’antifascismo europeo*, Milano, Centro Studi Piero Gobetti-Franco Angeli Editore, 2001, *passim*.

más allá de su instancia organizativa inicial, en la medida en que el antifascismo como sensibilidad ideológica parece un tópico recurrente en la opinión pública opositora al fenómeno peronista, y es un elemento discursivo muy potente en el derrocamiento del gobierno de Perón en 1955. En este sentido, es posible que las nociones antifascistas trasladaran su significación hasta acotarlas en la clave del antiperonismo, en un contexto en que el fascismo era derrotado en el plano internacional. (Se recordará que fue muy común en la época inicial del peronismo, la recurrencia a la metáfora del “nuevo” Eje Madrid-Buenos Aires). Quizás en esta traslación del significado se encuentre parte de las razones del olvido historiográfico del que hablé inicialmente.

Así todo, el antifascismo entendido como un conjunto de experiencias culturales y políticas que movilizaron y constituyeron unas *sensibilidades ideológicas*<sup>14</sup> particulares, pudo constituirse en una potente fuerza de resistencia —en algunos casos en el interior de los países fascistas— que alcanzó diversas expresiones organizativas apelando a una solidaridad internacional de nuevo orden respecto del antiguo internacionalismo obrero, cuyo ejemplo más espectacular lo expresan las Brigadas Internacionales en España y los movimientos intelectuales de organización supranacional, pero que en otra dimensión se tradujeron en la *mise en scène* de los problemas de política interna de los países afectados, en la medida en que la amenaza de un fascismo real o imaginado, interpeló a las tradiciones políticas preexistentes sobre su proyección de futuro.

Gran parte de estos interrogantes han sido propuestos recientemente en un libro compilado por Serge Wolikow y Annie Bleton-Ruget, sobre la relación entre antifascismo y nación durante la experiencia del Frente Popular.<sup>15</sup> La perspectiva que domina el libro podría definirse como la construcción caleidoscópica de un objeto de estudio, y en este sentido, no sólo se observa una ampliación del campo histórico hacia otras dimensiones institucionales de la experiencia antifascista —el papel de la diplomacia soviética en la Guerra de España; las organizaciones internacionales de cooperación intelectual; las brigadas internacionales como “patriotismo” de los voluntarios; el socialismo y los frentes populares, el papel de la Federación de los PEN Clubs, etc.— sino también, el peso del enfoque comparativo, que pareciera definir la sensibilidad historiográfica dominante en estos estudios.<sup>16</sup>

La selección de artículos que componen esta sección intenta dar una medida ilustrativa del conjunto de problemas y perspectivas de análisis que aborda actualmente la historiografía del antifascismo, y de los intentos por instalar esta problemática en historiografías nacionales que recién ahora comienzan a abordar estas temáticas. En efecto, el problema de la incidencia de los tópicos del antifascismo en la constitución de la cultura política del comunismo durante el período de entreguerras, es estudiado por Bruno Groppo, teniendo en cuenta las características particulares en que se manifiesta esta influencia tanto en Francia como en Italia. En polémica abierta con el modelo

<sup>14</sup> Jean-François Sirinelli, *Histoire des droites en France*, t.II, Paris, Gallimard, 1992, *passim*, y del mismo autor “Pour une histoire des cultures politiques: le référent républicain”, en Daniel Cefai (dir.), *Cultures politiques*, Paris, Presses Universitaires de France, 1ª ed., 2001, pp. 157 y ss.

<sup>15</sup> Serge Wolikow y Annie Bleton-Ruget (dir.), *Antifascisme et nation. Les gauches européennes au temps du Front populaire*, Université de Bourgogne, Editions Universitaires de Dijon, 1998, *passim*.

<sup>16</sup> Al respecto, Cf. Michel Dreyfus *et al.*, *Le siècle des communismes*, París, Les Éditions de l'Atelier-Éditions Ouvrières, 2000.

interpretativo y en algún sentido “revisionista” de Francois Furet, quien observa en la experiencia antifascista europea un producto instrumental casi exclusivo de la política del Komintern, Groppo enmarca su lectura de esta relación en el contexto de los diferentes antifascismos de la época no sólo comunistas, estableciendo también una periodización más amplia donde es posible distinguir el uso de la categoría “antifascismo” para señalar procesos no necesariamente ligados al período de entreguerras. El autor distingue también entre las diferentes concepciones antifascistas que dominaron en la política del Komintern y se pregunta hasta qué punto ellas se tradujeron en la acción concreta de los militantes, en un marco –el de los años treinta– donde un sentimiento antifascista generalizado recorre varias familias políticas.

Las diversas fuentes de inspiración y el origen a veces afectivo y otras organizacional del antifascismo italiano es el problema que aborda el artículo de Leonardo Casalino, para mostrar un itinerario en el que se observa la geografía ideológica que conducirá paulatinamente al descubrimiento del ideal democrático en las fuerzas opositoras al fascismo, y que una vez derrotado el régimen mussoliniano otorgará al sistema político naciente su legitimidad fundacional. Casalino observa un recorrido de ciertas personalidades políticas inicialmente antifascistas; ambientes culturales urbanos diferentes (París, Turín, Cúneo) y reconversiones del fascismo hacia la resistencia, para mostrar la complejidad de este proceso como así también la difícil tarea de fundar un régimen democrático en general ajeno a los ideales de las tradiciones ideológicas en pugna.

Una de las características generales del antifascismo italiano fue el hecho de que gran parte de sus organizaciones debieron constituirse fuera de Italia, dada las características represivas del régimen. Así, los líderes políticos en el exilio no sólo debieron sortear los problemas ligados a la subsistencia personal, sino el de la relación con la población de origen italiano en esas tierras de adopción, en general, muy susceptible a la propaganda del estado fascista que en términos retóricos se presentaba como un modelo de éxito político (sobre todo en la etapa de la Guerra de Abisinia). El artículo de João Fábio Bertonha analiza en términos comparativos cómo se da la organización del antifascismo italiano en Brasil, el peso de las redes antifascistas internacionales y el lugar del antifascismo en la política brasileña para concluir que existe una relación muy fuerte entre la debilidad general del antifascismo italiano, la adhesión mayoritaria de la política del régimen en la comunidad inmigrante italiana, y el influjo del mito del estado totalitario en la política interna de Brasil. Por su parte, el artículo de María Victoria Grillo muestra de qué manera se dio el proceso de constitución del antifascismo italiano (entre exiliados y emigrados) a partir de la relación entre la Alianza Antifascista Italiana y *L'Italia del Popolo*, órgano periodístico del antifascismo italiano en Buenos Aires. Contrariamente al caso brasileño, Grillo observa, por un lado, un peso muy importante de esta prensa en tanto organizadora de una política amplia de alianzas del antifascismo italiano en Argentina, y por otro lado, una cierta fecundidad entre la relación del antifascismo italiano con políticos locales de tradición liberal y socialista.

Finalmente, y desde una perspectiva biográfica, Xosé M. Núñez Seixas analiza el itinerario político e inmigratorio del líder nacionalista gallego Alfonso R. Castelao (Rianxo, A Coruña, 1886 - Buenos Aires, 1950), para observar desde su figura no sólo el modo en que una conciencia individual de fuerte actuación política, se presenta ante los cambiantes problemas de la inmigración gallega y sus organizaciones, sino también de la particu-

lar sensibilidad con que estas dimensiones son leídas, de tal suerte que la distinción entre la figura de “exiliado” y “emigrante” aparece para el caso, como un criterio de demarcación analítica no siempre fecundo para dar cuenta de un proceso que desde la perspectiva del actor alcanza unas dimensiones siempre complejas. Así todo, más allá de la originalidad de Castelao, el caso es analizado como una expresión representativa de la especificidad del exilio gallego en el conjunto del exilio republicano en la Argentina, pues muchos exiliados gallegos poseyeron una experiencia previa (personal o familiar) como emigrantes y se insertaron en espacios sociales de antigua emigración.

Ricardo Pasolini